

## LA MERCANCÍA HUMANIZADA Y LA HUMANIDAD COSIFICADA

Hoy he sufrido una pesadilla horrible. En ella, mis ojos se convertían en unos enormes y brillantes faros que iluminaban según la voluntad de una fuerza exterior que no podía controlar. Mis brazos y mis piernas, con sus dedos, tendones, articulaciones, músculos y venas, trasmutaban en caucho ennegrecido, en neumáticos refulgentes, dignos de elogio y admiración, que se movían a gran velocidad hacia lugares desaparecidos, ignotos. Yo no sabía de dónde procedía esa velocidad que se adueñada de la ecléctica transmutación que mi cuerpo estaba experimentando. Entonces, mi corazón dejó de ser tal, transformándose en bujías, cables, cilindros de gran precisión, aceites y líquidos. Mis pulmones también habían dejado de respirar, quizá porque ya no eran necesarios. El aire del exterior había dejado de existir y el cielo mismo se había fundido dentro de mi consciencia, o de lo que de ella quedaba, porque ahora todos mis pensamientos y sentimientos se iban debilitando, haciéndose casi imperceptibles. Fue horroroso observar cómo mi consciencia estaba a punto de escindirse. Ya no veía, ni pensaba, ni tenía apenas percepción de mi interior. Fuerzas externas me dirigían de un lado para otro, utilizando la fuerza del motor que había surgido de mi pecho, las ruedas que había nacido de mis articulaciones, los faros que había surgido de mis ojos, utilizando también mi propia voluntad, dominada ahora por esos entes externos. Podía ser comprado o vendido, me podían obligar a ir de un lado para otro, no podía ser herido porque ya no tenía piel. Era ya sólo una mercancía sin consciencia.

Hoy he tenido un sueño muy especial. De mis faros sin vida, puras luces y circuitos eléctricos, surgían el iris, el cristalino, pestañas, cejas, y lo más sorprendente de todo: veía. El mundo exterior empezó a abrirse ante mí, con sus luces y colores que nunca antes había experimentado. Entonces comprobé que donde antes sólo había unos neumáticos, ahora surgían extremidades que me permitían moverme de diferentes maneras. De mi motor, pura chatarrería que se movía por involuntarios impulsos, surgía ahora un corazón que me permitían experimentar y unos pulmones que me facilitaban el aire. Pero lo más fascinante es que estaba empezando a experimentar lo que es la consciencia. Ya no era sólo chatarra y motor,

sino que empezaba a albergar todas las cualidades humanas. Había dejado de ser mercancía para convertirme en persona. Ahora la gente me miraba y sentía simpatía o rechazo por mí. Algunos me adoraban, otros acariciaban mi chapa, otros incluso hablaban conmigo y para muchos era ya un objeto de deseo. Me sentía arrullado por el cariño que hacia mí sentía la gente. Los que me poseían se sentían orgullosos de mí, me llevaban a todos los sitios y hablaban de mis cualidades a sus amistades. Los que no me tenían me miraba por la calle con envidia, deseando que yo también formara parte de sus vidas. La gente proyectaba en mí sus ilusiones y anhelos, entronizándome como el eje de sus ilusiones, y mi nuevo yo, que había de ser cosa para ser hombre, les devolvía el cariño que ellos me profesaban. Mi naturaleza cosificada era un recuerdo del pasado, pues ahora, en este sueño, podía sentirme feliz y circular por donde quisiera, según mi voluntad. Ellos decían que me conducían, pero era yo el que les llevaba a ellos, ellos decían que me compraban, pero era yo el que les compraba a ellos, ellos decían que disponían de mí, pero era yo el que disponía de ellos.